

PANORAMA DEL ASIA ORIENTAL

(VIII)

INDONESIA (3.º)

Triunfo del Golkar y reelección de Suharto

El 3 de julio de 1971 se celebraban las elecciones legislativas. El partido gubernamental—Golkar—obtenía el triunfo al conseguir 227 de los 360 escaños. El Nahdatul Ulama (musulmán) lograba 58 diputados; el Partido Musulmán de Indonesia totalizaba 20 diputados electos; el PSI (musulmán), 10; el Parkindo (protestante), siete; el Katolik (católico), tres, y el Perrti (musulmán), dos diputados. En la segunda vuelta se consolidaba el triunfo gubernamental.

Aparte del hecho de que las elecciones otorgaban la confianza popular al régimen de Suharto demostrando que la mayoría del pueblo indonesio apoyaba su política, los resultados expuestos muestran una serie de consideraciones de interés. En primer lugar, la proliferación de partidos políticos. Suharto, al obtener el poder, no había implantado una dictadura disolviendo los partidos políticos. Por el contrario, había autorizado las actividades de varios partidos proscritos por su predecesor, el «liberal» Sukarno. Suharto no había dirigido un golpe de estado militar para adueñarse del poder e instaurar un régimen autocrático, sino que había sido el Partido Comunista indonesio quien se había alzado en armas para implantar la dictadura. Los escasos generales supervivientes de la matanza comunista habían logrado, actuando a la defensiva, derrotar a las huestes comunistas debido a su mejor capacidad y a contar con el apoyo de la mayoría del pueblo que se negaba a dejarse tiranizar por un partido teledirigido desde Pekín. La emergencia había demostrado el apoyo del pueblo a los militares. Sólo así se explica la rápida derrota de sus unidades armadas, mandadas por militares profesionales de filiación comunista. Y ahora, en los primeros comicios celebrados desde el fin de la emergencia, el pueblo en masa ratificaba su confianza en el general Suharto otorgando la mayoría al partido gubernamental.

Otro aspecto que resalta, de modo inmediato, de las cifras anotadas es la extrema heterogeneidad, étnica y religiosa, de la población indonesia, que al concretarse en una serie innumerable de partidos confesionales dificulta la tarea de gobierno al mantener, entre sí, tales formaciones, posturas antagónicas que son el reflejo de los celos que subsisten entre las comunidades que representan.

De tal modo, la población indonesia, tan escindida, manifiesta una notable hipersensibilidad que desemboca en permanentes conflictos difíciles de encauzar por los gobernantes. Dos ejemplos han de corroborar cuanto decimos. El 26 de enero de 1970 un centenar de estudiantes de Yakarta atacaban la escuela católica de Kebaroyan (barrio de la capital) como consecuencia de la protesta de los musulmanes por la construcción de ese edificio católico en su sector. Los asaltantes quemaban todo el material escolar y destruían parte del edificio. El 14 de marzo de ese mismo año centenares de manifestantes saqueaban y destruían en Menado cuatrocientos edificios, almacenes en su mayoría, propiedad de chinos, alegando que un miembro de esa comunidad había «calumniado» al profeta Mahoma. Cuando existe en la masa una tendencia tan proclive al desmán y cuando flotan tantos posibles motivos de enfrentamiento entre las distintas comunidades étnicas y grupos políticos, la tarea de gobernar ha de sortear dificultades muy notables.

Todo esto, en nuestra opinión, realza el mérito de Suharto, que, como confirmaban los resultados electorales, había sabido ganarse el apoyo y la confianza del sector mayoritario de un pueblo tan difícil de contentar.

El 22 de marzo de 1973 el presidente Suharto era reelegido, sin oposición, para otro período de cinco años de mandato en una sesión especial del Congreso. No fue precisa la votación, ya que la Asamblea, puesta en pie, aclamó a Suharto mostrando su conformidad con la reelección.

Política exterior

La política exterior de Indonesia durante el régimen de Suharto se ha caracterizado por su flexibilidad. El «neutralismo libre» o «neutralismo activo» de Yakarta consiste esencialmente en una política abierta a todos los horizontes, excepto a los de la República Popular de China, de donde se teme una renovación de las tentativas de satelitización, que se habían perfilado antes y durante el golpe de Estado

de 1965 mediante el instrumento del poderoso PKI, ahora aletargado pero no difunto.

En tal sentido, la guerra de Vietnam constituía para Indonesia una verdadera obsesión. Suharto no había vacilado, como referíamos en el capítulo anterior, en pregonar en Washington, en 1970, que los Estados Unidos debían de retirarse de Camboya «en interés de la paz». Con esta actitud se identificaba con el sentir del movimiento de los países no alineados, que constituía el eje que vertebraba la política exterior indonesia. Lo cual no significaba que tal demanda representara la condena de Indonesia contra la guerra vietnamita, puesto que la esencia de ese conflicto residía en que Vietnam del Norte, empujado y ayudado por Pekín, se había lanzado a conquistar militarmente el Vietnam del Sur para reunificar el país bajo un régimen comunista, como ha hecho tras la victoria. Era algo similar a lo que había intentado el PKI en la propia Indonesia. La caída de Vietnam del Sur en la órbita comunista provocaría la de Laos, Camboya y tal vez, Tailandia, y acercaría el peligro a las mismas puertas de Indonesia.

Observada bajo ese prisma, la demanda de Suharto en Washington adquiriría esencialmente las características de un amargo reproche a la falta de visión de las autoridades norteamericanas que habían roto la neutralidad de Camboya sin conseguir ningún beneficio militar, con el único resultado de extender allí el campo de maniobra de los ejércitos rojos. La hábil política de Norodom Sihanuk, a costa de ciertas concesiones a los «jmers rojos», le había permitido mantener a Camboya como una tierra de nadie que había de resultar muy útil para conservar en el futuro la estabilidad de parte, al menos, del Sudeste asiático. La invasión de Camboya por las tropas estadounidenses en 1970 había desmontado el frágil equilibrio sin obtener beneficio alguno.

Suharto deseaba que fuera contenido el avance chino hacia el Sur. La presencia de un nutrido ejército norteamericano en el Asia del Sudeste constituía, a su entender, el único elemento de disuasión para las veleidades de Pekín de influir toda la región. Aun criticando la nefasta decisión norteamericana de proceder a la invasión de Camboya, Indonesia, enfrentada al hecho consumado, se había inclinado hacia Lon Nol, con el que se identificaba en virtud del anticomunismo. Hasta 1971 Yakarta concedió facilidades para la formación y entrenamiento de oficiales «jmers». La identificación, no obstante, alcanzaba prudentes límites y Suharto sabía guardar distancias. Por ejemplo, aun comprendiendo las razones de Saigón, se negaba a mantener

relaciones diplomáticas con el régimen de Van Thieu. Suharto tampoco había modificado la línea de Sukarno de no mantener relaciones con Taiwan y en el territorio indonesio no se había instalado ninguna base militar extranjera. Es decir, que aunque el anticomunismo fuera el eje directriz de su política interna, la no alineación, llevada a sus últimas consecuencias, seguía siendo la norma esencial de la política exterior.

La negativa a reanudar sus relaciones con Pekín constituía otro de sus puntos esenciales. El Japón, su principal cliente y suministrador —un tercio de las importaciones y exportaciones indonesias son niponas—, había reconocido a Pekín; Filipinas y Malasia enviaban delegaciones a la capital china, demostrando deseos de normalizar relaciones. No obstante, Yakarta no daba ningún paso en tal sentido. La explicación consistía en el fondo nacionalista del pueblo indonesio, en el que sin distinción de matices políticos o religiosos prevalecía la sensación de que el comunismo adoptado por el PKI conducía al dominio de Indonesia por una potencia extranjera. Los propios miembros del Gabinete Suharto reconocían que no tendrían nada que objetar contra el comunismo siempre que no pretendiera actuar en territorio indonesio.

Conflictos internos

El exacerbado nacionalismo de las masas indonesias creaba un nuevo motivo de fricción en enero de 1974, cuando el primer ministro nipón, Tanaka, visitaba Yakarta. El día 14, a su llegada al aeropuerto, donde era recibido por el presidente Suharto, un grupo de jóvenes lograba burlar la vigilancia y penetrar en el recinto lanzando gritos hostiles contra el «imperialismo económico nipón». Al día siguiente, más de mil estudiantes se manifestaban ante el Palacio de la Independencia donde conferenciaban Suharto y Tanaka. Otros cuatro mil despleaban en la Universidad banderolas en las que se decía: «Id al diablo con vuestra ayuda.» Simultáneamente, quinientos jóvenes incendiaban el salón de exposiciones de la firma japonesa de automóviles «Toyota» y recorrían después las calles incendiando y arrojando al gran canal todos los vehículos de fabricación japonesa que hallaban a su paso. Once muertos y treinta y cinco heridos era el balance de los motines antijaponeses de la capital. La policía actuó, desde entonces, con rigor y lograba controlar la situación. Se decretaba el toque de queda y rechazaban con dureza los cortejos que pretendían protestar por la muerte de los once manifestantes.

Esta explosión de nacionalismo xenófobo creaba serias dificultades al Gobierno. Al propio tiempo que confirma la impresión de que las masas indonesias resultan difícilmente gobernables, supone el reconocimiento de una miopía política muy grave y la ingratitud hacia las ayudas exteriores. Ya habíamos señalado en el capítulo anterior que el Japón, junto con los países occidentales, había contribuido decisivamente a superar la desesperada situación planteada por el endeudamiento exterior contraído por Sukarno. El Japón proporcionaba el tercio de las inversiones extranjeras que resultaban vitales para Indonesia y esa proporción no cesaba de aumentar. Adquiría el tercio de las exportaciones indonesias, aspecto importante en momentos en que disminuían los intercambios con Europa. Tampoco habían escaseado las pruebas de amistad nipona. Por ejemplo, el gran hotel Indonesia se había construido con los fondos donados por el Japón como compensación a los daños sufridos por Indonesia durante la ocupación japonesa. En el mismo momento en que se producían las manifestaciones antiniponas, Suharto y Tanaka acababan de firmar un acuerdo mediante el cual Tokio concedía a Yakarta 200 millones de dólares para financiar proyectos de licuefacción del gas natural del norte de Sumatra y del este de Kalimantan (Borneo). En total, incluyendo los fondos privados, se trataba de una inversión de setecientos millones de dólares USA y el Japón se comprometía a importar, anualmente, 7,5 millones de toneladas de gas licuado. En tales condiciones, resultaba suicida que el pueblo indonesio —por lo menos los sectores más bulliciosos, como son los estudiantiles— mordiesen la mano que le ayudaba cuando tan difícil es, en el mundo actual, encontrar los recursos financieros que se necesitan para el desarrollo. Por supuesto que la ayuda económica de Tokio no es un acto de filantropía, sino una inversión rentable. Pero no es menos cierto que esas inversiones desarrollan recursos que Indonesia no puede poner en explotación por falta de capitales, que se crean puestos de trabajo e ingresos en divisas que el país necesita urgentemente. Son muy escasas las naciones que no tienen que acudir al capital extranjero para su desarrollo. La propia URSS viene cortejando al Japón para que invierta sus capitales en la explotación de Siberia. Pero estos hechos elementales no habían sido comprendidos por los universitarios de Yakarta, dominados por la xenofobia.

Afortunadamente, Tokio no se consideró agraviado por tan desafortunadas manifestaciones. Con suprema elegancia, el primer ministro Tanaka, al regresar a su país, declaraba que las hostiles ma-

nifestaciones de Bangkok —donde había presenciado hechos similares— y Yakarta habían sido originadas por «la defectuosa comprensión de los hombres de negocios nipones de las costumbres y tradiciones locales» y agregaba que el Japón no retiraría los capitales invertidos en el Sudeste de Asia.

El desarrollo económico resulta vital para Indonesia, un país que cuenta hoy con 130 millones de habitantes y cuyo ritmo de crecimiento demográfico es tan alto que duplicará su población en el año 2000. «Para reconstruir una economía que Sukarno les había abandonado en la ruina, los militares han abierto el país a las inversiones extranjeras. Han emprendido una explotación sistemática de sus ricas reservas de petróleo... El petróleo va a proporcionar a Indonesia, este año, 20.000 millones de francos, es decir, el doble que en 1973»¹. Pero los estudiantes opinaban que el desarrollo económico no aprovechaba a todos por igual, puesto que la masa popular se beneficiaba poco o nada, mientras que los grandes capitalistas y los banqueros chinos sacaban el mayor provecho. «Por citar un ejemplo, las tres cuartas partes de las inversiones japonesas pasan por intermedio de los chinos»². Es decir, el Gobierno se había preocupado de fomentar el desarrollo económico sin cuidar, con la misma atención, la elevación del nivel de vida de las masas. Se hacía preciso extender la justicia social si se aspiraba a lograr una perfecta estabilidad. Esto lo había comprendido Suharto tras de los sangrientos disturbios y dictaba las órdenes oportunas para corregir los fallos. Por lo pronto, los sueldos de los funcionarios se duplicaron, se decretaron normas de austeridad y se puso en marcha un plan para introducir reformas de gran alcance social, que resultaban inaplazables. Así, Pelita II, el segundo plan quinquenal indonesio (1974-1979), era súbitamente modificado, agregándole «un largo preámbulo social que insistía sobre la necesidad de mejorar el nivel de vida de la población. Se pretende instalar pequeñas industrias en el conjunto del país para integrar lo más rápidamente posible a las masas indonesias en los círculos monetarios. ¿Será suficiente en este país del Sudeste de Asia, bastión del anticomunismo, donde la esperanza de vida no sobrepasa los cuarenta y ocho años y el nivel de ingresos es de 89 dólares por habitante y año?»³.

Por otra parte, no se puede negar que existían despilfarros innecesarios —especialmente por parte de «Pertamina», la entidad ex-

¹ JEAN-CLAUDE POMONTI: «Le président Suharto a décidé de remettre de l'ordre dans la gestion du pays», *Le Monde*, 26 febrero 1974. Según otras fuentes, el petróleo produjo a Indonesia 5.200 millones de dólares en 1974.

² *Op. cit.*

³ ALAIN VERNHOLES: «L'Indonesie riche de son pétrole» (II), *Le Monde*, 20 mayo 1975.

plotadora del petróleo— y signos evidentes de corrupción en algunas esferas de la Administración, lo que fomentaba el malestar de muchos millones de indonesios que viven en condiciones miserables. «La loca inflación de la era sukarnista ha sido yugulada; las ciudades y los puertos, que estaban abandonados, han sido atendidos. Pero subsisten otros desafíos: la explosión demográfica, la extrema pobreza de la inmensa mayoría»⁴. Indonesia, que ahora ha llenado las arcas que vació Sukarno, cuenta con posibilidades financieras para remediar la injusticia social. En 1974 la balanza comercial le resultaba favorable en 3.600 millones de dólares. Aunque no ha terminado de pagar sus deudas, se encuentra en condiciones de otorgar atención prioritaria a la elevación del nivel de vida popular.

* * *

En mayo de 1974, el presidente Suharto se reunía con el de Filipinas, Ferdinand Marcos, Indonesia iniciaba un gran despliegue diplomático para convertir en realidad el proyecto de su presidente de que Yakarta fuese el eslabón entre Oceanía y el Sudeste asiático. Por ello, entre sus planes dedicaba atención especial a vigorizar la ASEAN, que incluía a Indonesia, Singapur, Malasia, Tailandia y Filipinas⁵. Previamente, el 3 de mayo, Suharto había conferenciado en Penang con el primer ministro malasio, Abdul Razak, que le había informado de su próximo viaje a Pekín. Con su hábil política, Indonesia había salido del ostracismo de la era sukarniana, para alcanzar una indudable «preeminencia en una región muy dividida»⁶.

Timor oriental

La isla de Timor, hasta 1975, había permanecido dividida en dos partes. La región occidental formaba parte de Indonesia desde la proclamación de la independencia de este país. El Timor oriental era colonia portuguesa desde el siglo xvi. El enclave de Ocussi-Ambeno, situado en territorio indonesio, pertenecía también a Portugal. La revolución lusitana de abril de 1974 significaba, entre otros aspectos, la puesta en práctica de la descolonización de todos los territorios, africanos y asiáticos, que dependían del Gobierno de Lisboa. En el

⁴ JACQUES DECORNOY: «L'Indonesie continue d'affronter de graves défis», *Le Monde*, 1 octubre 1975.

⁵ LUIS MARIÑAS OTERO: «La ASEAN», núm. 119 de esta REVISTA.

⁶ J. C. POMONTI: *Op. cit.*

Timor oriental, la perspectiva de una rápida descolonización promovía la formación de varios partidos. Una organización radical, de tendencia comunista, el FRETILIN (Frente Revolucionario del Timor del Este Independiente) se formaba allí y se lanzaba a una rápida campaña para adueñarse del poder por la violencia, sin esperar a que Lisboa otorgara la independencia. Las milicias del FRETILIN —que se habían apoderado de algún armamento portugués— sembraban el terror entre la población para impedir que se inclinase hacia Indonesia, de la que forma parte en los ámbitos geográfico, étnico y lingüístico, puesto que el *tetun* se habla a ambos lados de la frontera. Otro grupo muy activo era la UDT (Unión Democrática de Timor) que defendía también, desde una postura más moderada, la independencia. El FRETILIN, que aspiraba al mando absoluto, desencadenó la lucha armada contra «la acción reaccionaria» de la UDT que, según afirmaba, «forma parte de una ofensiva imperialista» contra la población de la isla. Muchos afiliados a la UDT fueron asesinados por los milicianos del FRETILIN.

Para defenderse, la UDT se apoderaba, el 11 de agosto de 1975, de armas en los cuarteles de policía y se hacían fuertes en algunos puntos clave de la capital, Dili. Sus dirigentes exigían de Lisboa que las tropas portuguesas estacionadas en el Timor oriental procedieran a detener, de forma inmediata, a los miembros del FRETILIN, que dominaban la mayor parte del territorio de la colonia, donde habían instalado un régimen comunista basado en la intimidación. Lisboa se negaba a que sus tropas quedasen implicadas en operaciones militares y evacuaba a Australia a 250 mujeres y niños, familiares de los soldados. «El Gobierno de Timor está en permanente contacto con la UDT para intentar encontrar una solución pacífica», informaba un portavoz del gobernador, coronel Lemos Beire.

Una tercera organización política, la APODETI (Asociación Popular Democrática de Timor), pedía la anexión de la colonia portuguesa al resto de la isla, bajo soberanía indonesia.

Se trataba de tres posturas irreconciliables, como se había demostrado durante la conferencia celebrada en Macao, en julio de 1975, bajo la presidencia del comandante Vitor Alves, en la que los tres grupos políticos no pudieron llegar a un acuerdo sobre la forma de descolonizar el territorio. El fracaso de la conferencia había lanzado a las tres organizaciones a la lucha armada para tratar de imponer sus soluciones.

En agosto de 1975, el FRETILIN lograba ventaja sobre sus rivales, tomando el poder por la fuerza de las armas. La Administración por-

tuguesa—que no deseaba verse implicada en una nueva guerra colonial—se retiraba de la isla durante la noche del 26 al 27, en que se marcharon el gobernador y las tropas lusitanas. La mayor parte del armamento era entregado al FRETILIN y Dili quedaba a merced de las milicias de esta organización, que procedían al exterminio de sus rivales y a la ocupación sistemática de la capital. Uno de los últimos reductos que defendió la UDT a costa de grandes pérdidas fue el aeropuerto, para evitar que a sus rivales les llegase más armamento por vía aérea.

Tan sangrientos sucesos habían de tener repercusión en Indonesia, puesto que el Timor oriental no era sino una colonia artificialmente amputada, por los holandeses, del resto de la isla de Timor. En la colonia portuguesa, por sus afinidades étnicas, la mayoría de la población—una vez planteado el proceso descolonizador—aspiraba a una integración con el resto de Indonesia. Y esa población era salvajemente asesinada por las milicias del FRETILIN, que a Yakarta le recordaban a las del PKI, que habían tratado de imponerse, años atrás, en Indonesia.

La situación era, por tanto, muy delicada. El presidente Suharto declaraba, el 16 de agosto, que no quería entremeterse en los asuntos de la colonia portuguesa de Timor, pero que dejaba «la puerta abierta» para los habitantes de aquel territorio que quisieran unirse a Indonesia. En su discurso al Parlamento, Suharto dijo que los indonesios «dan la bienvenida a las medidas adoptadas por el Gobierno portugués para la descolonización, en particular del Timor lusitano con el que Indonesia tiene fronteras comunes... Pero debe quedar claro, para nosotros y para todo el mundo, que no tenemos la menor ambición territorial». Las palabras del presidente reflejaban la realidad, puesto que Indonesia jamás había expresado la menor reivindicación, mientras en Timor oriental imperaba el orden. Ahora las circunstancias habían cambiado, puesto que la población proindonesia era perseguida a sangre y fuego y ello creaba un factor emocional en la nación indonesia. Además, Yakarta contemplaba, con explicable recelo, la gradual transformación, merced a las partidas armadas del FRETILIN, del Timor oriental en una cabeza de puente comunista cuya influencia podría irradiar, en el futuro, hacia sectores vitales de la nación indonesia.

«En estas condiciones, parece extraño que Yakarta dude tanto tiempo en actuar»⁷.

7 PATRICE DE BEER: «La fin sans gloire d'une colonisation», *Le Monde*, 30 agosto 1975.

Mientras tanto, la guerra civil devastaba la colonia: «¿Cuánto tiempo va a durar esta guerra civil, que divide familias y aldeas en un combate sin piedad, a veces con armas modernas y en otras, como en las aldeas, con arcos y flechas? La propaganda de los partidarios de la UDT, que predominan entre los refugiados, especialmente desde que Dili está controlado por el FRETILIN, acusan a este último partido de sangrientas matanzas»⁸. Decenas de miles de cadáveres cubrían el territorio de la antigua colonia lusitana.

Lisboa, que aún conservaba la responsabilidad de la administración colonial, dirigía, el 4 de septiembre, una petición a las facciones rivales para que cesaran en la lucha. El enviado especial del Gobierno portugués, Almeida Santos, no podía entrar en contacto con el FRETILIN ni con la UDT y, después de pasar dos días en la isla de Atauro, se veía obligado a regresar a Australia, fracasando en su misión.

La UDT perdía terreno a ojos vistas ante un enemigo muy bien entrenado, de superior capacidad combativa y dotado de mejores armamentos. El FRETILIN, en su victoriosa ofensiva, se apoderaba del principal reducto de la UDT, la ciudad de Baucau, la segunda del Timor oriental. Los dirigentes de la UDT que se encontraban en la ciudad, para huir de ella a la llegada de las tropas enemigas se apoderaron de un avión de la Cruz Roja australiana y huyeron a Darwin.

El 3 de agosto de 1975, el general Amir Machmud, ministro indonesio del Interior, declaraba que diez mil personas que huían de Timor oriental habían atravesado la frontera pidiendo refugio en Indonesia. Declaraba que la guerra de Timor era un conflicto entre comunistas y anticomunistas y que el pueblo timorés «cifrabas sus esperanzas en la ayuda indonesia».

A mediados de septiembre, cuando el FRETILIN parecía haber extendido su control sobre la mayor parte del Timor oriental, Almeida Santos insistía en convocar una conferencia de los tres partidos el día 20 en Macao. La respuesta del FRETILIN fue seca y terminante: «Todos los responsables de la UDT están encarcelados o han huido a Indonesia o a Australia... En cuanto al APODETI, no dispone de apoyo popular.» El ministro indonesio de Asuntos Exteriores, Malik, declaraba el 13 de septiembre que Indonesia no podía tolerar la actual situación en Timor, donde miles de personas habían muerto a consecuencia de las luchas entre facciones rivales. Afirmó que su país intervendría si la situación en Timor oriental «pone en peligro la seguridad de Indonesia».

⁸ PATRICE DE BEER: *Op. cit.*

La realidad es que, diezmados por sus terribles enemigos, ambos partidos—UDT y APODETI—habían unido sus fuerzas para lanzar una contraofensiva en dirección a Dili. La UDT había dirigido un mensaje al presidente Suharto expresando el deseo de fusión de la colonia portuguesa con Indonesia. La sanguinaria conducta de las milicias comunistas del FRETILIN había determinado que la UDT, partidaria en principio de la independencia, variase de opinión y aspirase a la fusión con Indonesia, única solución para sobrevivir. Una vez más, al precipitarse, el comunismo había cometido un grave error en la órbita indonesia. El error se acentuaba cuando, el 26 de septiembre, las milicias del FRETILIN atacaban, atravesando la frontera, a una patrulla indonesia ocasionándole tres muertos. Se trataba de una descarada provocación que Yakarta no podía ignorar.

El Gobierno indonesio, preocupado ante estos actos de agresión, reforzaba su presencia naval a lo largo de la isla. Almeida Santos declaraba, a su regreso a Lisboa, que Indonesia no deseaba intervenir en el conflicto, «pero no quiere que Timor constituya un factor de desorden».

La UDT—que había cambiado su nombre por el de «Movimiento Anticomunista»— y el APODETI entablaban conjuntamente violentos combates contra el FRETILIN a lo largo de la frontera indonesia durante los días 15 al 22 de septiembre, logrando rechazarlas a 60 kilómetros de la frontera. El FRETILIN, preocupado por este grave revés, publicaba un comunicado diciendo que con el adversario habían luchado «algunos militares no identificados», insinuando que fueran indonesios.

En Dili, la capital, la situación resultaba crítica. El FRETILIN, que ejercía el control, no lograba resolver los problemas: los servicios públicos no funcionaban y el hambre amenazaba a la población. Después de seis semanas de guerra civil se había hundido todo vestigio de organización. Más de 50.000 personas habían huido, ya, a través de la frontera indonesia para instalarse en territorio de aquel país. El presidente del FRETILIN, Amaral, confesaba las dificultades para reorganizar la maquinaria administrativa.

El 14 de octubre, Yakarta comunicaba oficialmente a Lisboa que aceptaba la propuesta lusitana de entablar conversaciones entre los dos países para tratar de Timor. Del 31 de octubre al 4 de noviembre se reunían en Roma los ministros de Asuntos Exteriores de los dos países, Malik y Melo Antunes, para tratar del porvenir de la antigua colonia portuguesa. Acordaron que los dos países ejercerían

su influencia para que se detuviese la guerra civil y se adoptase una fórmula para llegar a la independencia. Pero esta acción constructiva quedaba totalmente invalidada porque el FRETILIN proclamaba unilateralmente la independencia del Timor oriental el 28 de noviembre de 1975.

La reacción de Yakarta fue fulminante. Diez días después, el 7 de diciembre, tropas indonesias desembarcaban en el Timor oriental para ayudar a los adversarios del FRETILIN, que iniciaba su retirada a las regiones montañosas.

Inmediatamente, Pekín comenzaba una campaña de altos vuelos contra Indonesia. El 9 de diciembre el *Diario del Pueblo* acusaba a Yakarta de «agresión» y «lanzarse a una empresa anexionista», aunque expresaba «la esperanza de que el Gobierno indonesio detenga la agresión». Las Naciones Unidas comenzaban también a funcionar bajo la presión de los Estados más radicales. Hasta entonces⁹ no se había ocupado de las atrocidades cometidas por el FRETILIN—muchas de las cuales, filmadas, habían desfilado por las pantallas de televisión de todo el mundo—, pero al ver tambalearse al régimen comunista instalado en la colonia por la fuerza de las armas, la ONU estaba dispuesta a actuar rápidamente. El 9 de diciembre se depositaba ante la Comisión de Descolonización un proyecto de resolución pidiendo a Indonesia que «cesara en sus violaciones de la integridad territorial de Timor oriental». Portugal solicitaba de la Asamblea General de la ONU que se ocupara del asunto. Pekín y Hanoi expresaban su apoyo incondicional al FRETILIN.

El 18 de diciembre se formaba en Dili un Gobierno proindonesio con mayoría del APODETI, presidido por Armando Dos Reis Araujo, de sesenta y dos años. En Nueva York, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas elaboraba un proyecto de resolución pidiendo la retirada «inmediata» de las tropas indonesias y la reimplantación de la Administración lusitana.

Mientras tanto no cesaban las cruentas luchas en la antigua colonia, incrementándose el espeluznante saldo de víctimas. Según informaba, el 12 de febrero de 1976, el vicepresidente del Gobierno proindonesio instalado en Dili, Lopes da Cruz, en los últimos seis meses se habían producido 60.000 muertos. «Pronto tendremos—añadía—representantes en el Parlamento indonesio y la parte oriental de Timor figurará en la Constitución como 27 provincia de Indonesia.»

⁹ A excepción del llamamiento efectuado el 26 de agosto por el secretario general, Waldheim, a los grupos políticos que luchaban en Timor para que «suspendan las hostilidades, respeten las vidas humanas y entren en negociaciones para conseguir un acuerdo pacífico».

No obstante, las Naciones Unidas no estaban dispuestas a aceptar la anexión. El 22 de abril, el Consejo de Seguridad aprobaba —por doce votos a favor, dos abstenciones (Estados Unidos y Japón) y una no participación (Benin)— una resolución, presentada por Guyana y Tanzania, en la que se pedía a todos los Estados que respetaran la integridad territorial del Timor oriental, así como el derecho del pueblo a la libre autodeterminación. Al Gobierno de Yakarta se le exigía que retirase, sin más dilación, todas sus tropas del territorio.

Resulta interesante resaltar que la decidida oposición de la ONU a la integración del Timor oriental en Indonesia se debía, fundamentalmente, a la presión ejercida por los países no alineados. Esto permitía deducir que la política de no alineación, iniciada por Sukarno y proseguida por Suharto, que constituía el eje vertebral de la acción exterior del Gobierno de Yakarta, no reportaba, en la práctica, ningún beneficio para Indonesia, puesto que eran los propios países del bloque quienes se oponían con mayor dureza al logro de unas pretensiones realmente justificadas, ya que la población de la artificial colonia portuguesa estaba ligada a Indonesia por lazos de sangre, lengua y cultura y la mayoría del pueblo se había visto obligado a huir detrás de las fronteras indonesias o estaba alzado en armas contra una organización extremista y minoritaria, el FRETILIN, que había intentado apoderarse del poder mediante el exterminio físico de la mayoría de la población. Pero Yakarta, que posee toda la razón en este asunto, desplegaba una política interior firmemente anticomunista y esto le enajenaba la simpatía de amplios sectores del movimiento no alineado claramente influidos por Moscú o Pekín.

Suharto no se dejaba impresionar por las resoluciones onusianas y, en respuesta a la actividad de un grupo sindical australiano que solicitaba protección de su Gobierno para enviar un barco a las zonas controladas por el FRETILIN, hacía saber que la Armada indonesia hundiría los buques que intentasen llegar a dicha zona.

Los acontecimientos se sucedían velozmente. El 31 de mayo, la Asamblea Popular del Timor oriental —formada por 28 representantes elegidos por votación y 10 designados— acordaba la anexión a Indonesia; el 24 de junio, en Dili, el presidente del Gobierno provisional, Arnaldo Dos Reis Araujo, hacía entrega de los poderes a los representantes de Indonesia; el 29 de junio, Yakarta informaba oficialmente que aceptaba la anexión del Timor oriental por saber que reflejaba los deseos del pueblo de la antigua colonia lusitana y, finalmente, el 14 de julio de 1976, el Parlamento indonesio aprobaba una

ley que integraba en Indonesia el territorio del Timor oriental, que formaba la 27 provincia.

Con esta solución se ponía fin al sangriento drama, desencadenado por el FRETILIN, que había ocasionado la muerte de la décima parte de la población de la colonia y la huida, tras de las fronteras indonesias, de más de una tercera parte de los habitantes. Pero la solución no dejaba de tener repercusiones exteriores, «las reticencias, incluso la desaprobación de algunos vecinos, entre ellos Australia y Singapur, las inquietudes suscitadas por este nuevo 'imperialismo indonesio' no han causado ningún efecto sobre el Gobierno del general Suharto»¹⁰. A las citadas reticencias habría que agregar la de Malasia que, el 2 de diciembre, hacía saber que consideraba que el Timor oriental continuaba aún «bajo soberanía portuguesa». El día 8, el ministro australiano de Asuntos Exteriores pedía al Consejo de Seguridad de la ONU que se impusiera, inmediatamente, el alto el fuego en Timor.

Indonesia lograba un importante tanto a su favor cuando el presidente norteamericano, Ford, y el secretario de Estado, Kissinger, visitaban Yakarta en diciembre de 1976. El día 5, durante las conversaciones con su homólogo Malik, Kissinger declaraba que los Estados Unidos no reconocerían al FRETILIN.

Tres días más tarde, la Asamblea General de las Naciones Unidas —por 72 votos contra 10 y 43 abstenciones— aprobaba una resolución «deplorando vivamente la intervención de tropas indonesias en el Timor portugués» y solicitando su retirada. Malik contestaba diciendo que no había tropas indonesias en el Timor oriental, por lo que su país no se sentía afectado por la resolución onusiana.

* * *

El asunto del Timor oriental parece, así, resuelto *de facto*. No obstante, la ONU sigue insistiendo en sus condenas a Indonesia, exigiendo la retirada de tropas y la autodeterminación¹¹. Por otra parte, las guerrillas del FRETILIN dan muestras constantes de actividad. Sus portavoces en el extranjero aseguran que cuentan con quince mil hombres en armas. Los países africanos radicales (Tanzania, Mozambique, etc.) albergan servicios del FRETILIN, que prosiguen la propa-

¹⁰ *Le Monde*, Bulletin de l'étranger, 2 junio 1976.

¹¹ La última resolución en tal sentido fue adoptada por el Consejo de Seguridad el 22 de diciembre de 1976.

PANORAMA DEL ASIA ORIENTAL

ganda hostil a Indonesia y proporcionan una falsa imagen de la verdadera situación en el Timor oriental¹². No obstante, parece que, en el futuro, la integración a Indonesia puede considerarse como definitiva, especialmente si Yakarta, en plazo más o menos lejano, consigue demostrar en las urnas que la voluntad del pueblo consiste en pertenecer a la nación indonesia, de la que fue amputada por los periclitados colonialismos.

JULIO COLA ALBERICH

¹² El más reciente fue facilitado en Maputo (Mozambique) el 13 de enero de 1977, y en él se citaba la muerte de un centenar de soldados indonesios por los guerrilleros del FRETILIN.



NOTAS

